A-C.49/2

JAR
INEZ
EL
RDO

V.316 25
K.

A-Gj 49
2

NO CONSTA EN PLANO

R
32916

ENSAYO

DE TOPOGRAFÍA MÉDICA

DEL REAL SITIO DEL PARDO.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

ENSAYO

DE

TOPOGRAFÍA MÉDICA

DEL REAL SITIO DEL PARDO

Y DE SU HIDROGEOLOGÍA.

Sus condiciones higiénicas;
medios de mejorarlas; enfermedades predominantes y datos estadísticos de su mortalidad. — Sucinta noticia de los Asilos de San Juan y de Santa María establecidos en el mismo, con su mortalidad.

ESCRITO Y DEDICADO

AL EXCMO. SR. D. CRISTINO MARTOS,

Ministro de Estado, insigne orador, gloria del Foro español é ilustre ex-diputado de las Córtes Constituyentes,

POR

DON JUAN NEPOMUCENO MARTINEZ,

Licenciado en medicina y cirugía; Caballero de la Real y distinguida órden española de Cárlos III; condecorado con la Cruz de Epidemias; sócio corresponsal de la Real Academia de Medicina de Granada; corresponsal del Instituto Médico valenciano; Médico-cirujano director de las enfermerías de los Asilos de San Juan y de Santa María, establecidos en este sitio, y actual médico del Real Patrimonio en el mismo.

MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Valverde, 16, bajo.
1871.

DEDICATORIA.

EXCMO. SR.:

Sólo el sentimiento de mi profunda gratitud hácia V. E. justificar puede en cierto modo el atrevimiento que me permito de poner al frente de este insignificante librito, el respetable nombre del Excmo. Sr. D. Cristino Martos. Esclarecido hombre de la ciencia del derecho, pensador profundo y político tan importante, no puede, no, descender de su justificado renombre, ni patrocinar nada que no sea de un mérito incuestionable, igual al que su nombre encierra. Así lo reconozco yo, Excmo. Sr. Pero el que venía sufriendo, aunque resignado, el rigor de una mala estrella; el que sin esperanza de poner término á situacion semejante, creyéndose por el contrario, condenado á no dejar la vida triste del médico, pero doblemente azarosa del que lo es en la miserable aldea; el que en fin, véese inesperadamente ayudado y protejido, merced debida á un bello corazon, seguramente no contaminado del olvido ni de la inconsecuencia; el que esto, digo, experimenta, y no tiene medio digno de patentizar su reconocimiento sino haciendo pública aquella tan poco comun virtud, ¿puede desaprovechar la primera ocasion que de hacerlo se le presenta? ¿Sería perdonable en mí dejar de pagar deuda tan justa como sagrada? Ingrato fuera si así procediese. En su consecuencia, y á fin de no merecer tan fea calificacion, Excmo. Sr., permítame V. E. que, pobre como es el fruto de mis tareas literarias, hijas solo de mi buen deseo, á V. E. lo dedique. Dignese, sí, admitirlo benévolo é indulgente; pues sólo con eso quedará colmada la única ambicion de su respetuoso y agradecido servidor.

Excmo. Sr.:

B. L. M. de V. E.

JUAN NEPOMUCENO MARTINEZ.

A MIS LECTORES.

Sin pretensiones de ningun género voy á publicar este mero *Ensayo*. Sin aspirar al laurel del literato,—porque esto en mí sería ridículo,—manifestaré con noble franqueza mis escasos conocimientos y el resultado de mi esperiencia, en esta localidad.

Los lectores que sean médicos saben perfectamente que sobre topografía aplicada á nuestra ciencia nada ó muy poco se ha escrito. Es, pues, enteramente mio cuanto digo. No pretendo con esto—entiéndase bien—ni hacer más meritorio mi trabajo, ni ménos impedir la crítica; muy al contrario, aunque persuadido de que mi *Ensayo* no encierra mérito alguno, si crítica mereciera, muy honrosa sería para mí; venga, sí, pero indulgente, atendida la buena intencion que me guia, el útil próposito que intento. Poner en evidencia la falta que hay de esta clase de trabajos en nuestra Península, demostrar su importancia y utilidad, y despertar, en fin, hácia ellos la aficion de los médicos españoles, hé ahí el objeto de mis tareas.

No hay médico, y más de los que encanecen ejer-

ciendo su profesion humanitaria, que no recuerde con pesar los sinsabores con que iniciamos todos la práctica de nuestra ciencia, ya por las dificultades que en ellas son naturales, ya por las diarias contrariedades que al aplicar sus preceptos se experimentan.

Todavía conservo frescos los recuerdos de mis vacilaciones, mis frecuentes torturas, al principiar mi vida profesional. Al verme en muchas ocasiones completamente burlado en mis juicios pronósticos, al tocar las contrariedades que en la terapéutica observaba, sin que de ello pudiera darme ninguna razon, soy franco, no daba paso que no llevára el sello de la duda, viéndome ya hasta próximo á lanzarme por el ignoto camino del rutinario. ¿Y esto por qué?

Lo diré.

El médico que deja la escuela, sale de ella henchido de seductoras teorías, de bellas hipótesis, con las cuales créese siempre dispuesto para dominar todas las situaciones, triunfando por completo de todo padecimiento. ¡Ilusiones bien pronto marchitadas!

Desde el momento que se dá el primer paso en la espinosa y difícil senda de la práctica de la ciencia, convéncese pronto el médico neófito de la inmensa distancia que media entre la especulativa y la práctica del arte; de la necesidad que hay de curar enfermos, más que enfermedades; de atender, en fin, tanto ó más que á estas, á ciertos rasgos característicos, á cierto sello como las imprimen, enmascarán-

dolas, ora los individuos, ora el conjunto de las condiciones que caracterizan á cada localidad. Por no tener esto presente, por la carencia de estudios sobre topografía médica, no puede el profesor ciertamente apreciar con tiempo muchos peligros en ocasiones dadas.

Con efecto: ¿qué médico no ha sido burlado cuando ménos lo esperaba al contemplar que lo que juzgó una esquisita y benigna intermitente, súbitamente privó de la existencia á un padre de familia? Otro médico, ignorante del paludismo de una localidad, falto de advertencias y consejos de los compañeros que en aquella practicaron, aguarda tranquilo el curso ordinario de la neumonía que se le presenta, ora evacuando mucho, ora evacuando poco, pero tratándola solo por los medios curativos ordinarios; mas de pronto, sin signo alguno, vésele tambien inesperadamente chasqueado, pues le asaltó la plaza, desarmándole desprevenido, la perniciosidad del elemento febril, que así simula la pulmonía, como el simple paroxismo nervioso.

En situaciones tales, falto el médico de una medicina propia de cada localidad, no puede seguramente precaverse contra estos frecuentes percances.

No hay duda. Desde el momento que el médico se entrega al ejercicio de su profesion, vése obligado por necesidad á hacer preferente objeto de su estudio y observacion las condiciones de la localidad, de la zona, pueblo ó ciudad que ha de ser teatro de sus funciones facultativas. De este modo, es como puede

irse formando un inestimable tesoro, recojiendo hechos y más hechos, examinándolos sin prevencion, con calma é imparcialidad; así es como, poco á poco, llega á acumularse ese precioso caudal de datos de todo género, que coordinados con madurez y cordura, pueden ser, y de hecho son, el seguro guia del médico, que, perdido en el tenebroso mar de la práctica de su ciencia, le saque salvo de todo escollo, dándole la luz, la verdadera luz que necesita; así es, finalmente, como el médico atesorar puede los hechos clínicos que á su observacion se presentan, los que coleccionados y dados á luz, ellos constituyen el mejor legado que á la humanidad y á la ciencia puede hacérselas.

Efectivamente, ¿qué utilidad no reportaría á la ciencia y sus profesores la publicacion de estos estudios? Tanta sería, tan grandes ventajas de ellos sacarian los prácticos, que eso equivaldría, como *Zimmerman* dice, á tener reunido el fruto de la experiencia de todos nuestros antecesores, utilizándola cual si aquellos existieran. De este modo únicamente es como puede el hombre dedicado al cultivo de las ciencias neutralizar en parte los efectos del *vita brevis* de Hipócrates, adquiriendo y haciendo suyos los conocimientos de los que le precedieron. Sólo así esperarse debe llegue un dia en que la medicina pátria salga de la tutela en que la tienen la de otras naciones; pues entónces será cuando pueda acometerse la útil empresa de dar á los médicos españoles una obra de medicina práctica, pero de medicina

pura y verdaderamente española. Empero ¿llegará ese dia? ¡Ay! mucho lo dudo; por sensible que sea decirlo, creo que tal vez no vea yo satisfecho este deseo; creo, por el contrario, que este vacío no se llenará, y que por lo mismo, siempre estarán los médicos españoles, sobre este particular, esclamando con razon aquello de «¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!»

La carencia, pues, de estos estudios, que yo considero poco ménos que obligatorios, hace que falte la base de la medicina práctica: el que no estudia las condiciones y climatología de un país, no puede conocer la organizacion de sus habitantes: el que no conoce á estos, no puede conocer sus males ni curarlos.

Recuerdo perfectamente los lamentos que exhalaba un apreciable compañero al establecerse en un pueblo que por vez primera iba á tener médico, y pudiérase decir tambien que asistencia facultativa. Al verse imposibilitado de adquirir antecedentes ni higiénicos ni patológicos de aquella aldea, nada sana por cierto; al carecer de la experiencia y de los consejos que en otro caso le hubieran podido facilitar ó trasmitir sus predecesores compañeros, con entereza y sentimiento me dijo:—«Amigo Martinez: en este pueblo me falta la base de la medicina práctica, puesto que nada sé de este terreno y de sus habitantes.» Y así es la verdad.

Conforme, muy conforme estoy, ¿y cómo nó?, en el cosmopolitanismo de las ciencias: es innegable

que sus principios fundamentales siempre y en todas partes son los mismos. Pero si esto es cierto, ciertísimo, ¿dedúcese que ellos, particularmente los de la medicina, han de tener igual aplicacion en todas las partes, en todas las latitudes del globo habitado?

Ya nos dijo Hipócrates la necesidad de aplicar la medicina al compás de los temperamentos de cada indivíduo, si obtenerse queria resultados en la curacion de los enfermos. Pues bien: este importantísimo precepto tiene igual sino mayor exactitud y valor al entenderlo tambien con relacion al conocimiento de las localidades. La imperecedera obra que nos legó de aires, aguas y lugares, tesoro de su génio observador, así lo demuestra. La topografía médica, pues, igualmente que los temperamentos, individualiza la patología y los medios de su curacion: la topografía de un pueblo modifica las enfermedades como lo hacen los indivíduos y sus temperamentos: aquella es á la enfermedad lo que estos al indivíduo.

Y no puede ser otra cosa. Conocida la importantísima y poderosa influencia que las localidades ejercen en los séres que las habitan, sabiendo, como se sabe, que los modificadores aguas, aires y lugares, múltiplemente combinados, no sólo imprimen su accion sobre el hombre sano, sino que, por circunstancias de causalidad, conviértense en agentes morbosos, productores de las infinitas enfermedades que á la humanidad afligen, ¿qué mucho sea tan necesa-

rio al médico el estudio de la topografía aplicada á la medicina, que no es otra cosa, en último resultado, que el exámen y estudio del conjunto de aquellos modificadores, con relacion á una localidad determinada? Si las aguas son lo que son los terrenos por donde salen y corren; si los vejetales y animales viven, crecen y mueren, segun la clase del terreno en que están, de la alimentacion que en cada localidad predomina, y segun la latitud que ocupan, ¿cómo desconocer el importantísimo papel que en medicina juega el conocimiento de cada país, de cada ciudad, de cada villa, de cada pueblo? Es esto tan cierto, que así como la naturaleza y temperamento de cada enfermo individualiza, puede decirse, á las enfermedades, del propio modo, las localidades, las enmascaran y caracterizan, hasta el punto de no observarse ciertos padecimientos sino en determinadas comarcas. De tal manera está ligada la produccion de los padecimientos al suelo y climatología de cada país. El bócio, el escrofulismo, el paludismo y tantas otras enfermedades que deben su orígen á la endémia, patentizan cuanto queda expuesto. El médico, pues, no puede prescindir del estudio de la topografía médica; debe por el contrario, servirle de guia práctico y seguro para diagnosticar y pronosticar las enfermedades, puesto que toman distinto barniz en cada país, obligándole á subordinar á él su proceder.

A la falta de estos trabajos y estudios atribuirse debe únicamente el que los médicos españoles carezcan de una obra de consulta de verdadera medicina

pátria. Conócese, seguramente, la medicina francesa, la alemana, etc., etc.; pero se ignora la de nuestra nacion. ¡Ojalá, que al ver esta falta y sus funestas consecuencias, haya quien ó quiénes acometan esta útil empresa, digna por cierto de ser protejida por nuestro Gobierno!

I.

Topografía médica del Real sitio del Pardo: su hidrogeología.

Conciliando, cual deseo, mis deberes médicos con la consideracion que merecen el decoro é intereses de S. M., dueño de este Sitio, atrévome á publicar estas observaciones, siempre respetuosas, dirijidas á llamar la atencion hácia varias cosas de suma importancia, como son todas las que se refieren y relacionan con la salud pública. Mejorar la salubridad de este sitio y procurar su embellecimiento, es todo mi afan. Al obrar así, creo que trabajo en pro de los intereses del Real Patrimonio; y suplico á todos, que, en lo que diga, no vean censura de ninguna clase, sino un buen deseo; que nadie, á mi juicio, merece aquella, ni aunque otra cosa sucediera, sería yo el autorizado ni competente para darla.

Omito de intento cuanto decir pudiera sobre la historia del Real Sitio del Pardo. Su orígen y antigüedad de todos son bien conocidos. Para su descripcion serian necesarios conocimientos que no tengo. Y únicamente me atreveré á consignar, como hecho notable digno de mencion, que en este Sitio fué donde una emperatriz esperó la realizacion de lo que hubiera sido ciertamente la novena maravilla, esto

es, llegar al Pardo desde Madrid en un barco navegando nada ménos que el sediento rio Manzanares.

Es de absoluta necesidad para bosquejar la topografía médica de este Sitio, principiar por describir su orientacion, su suelo, su hidrogeología y otras circunstancias conducentes á mi propósito, porque sólo así será dado venir en conocimiento de las condiciones buenas ó malas que de salubridad tenga. Así tambien es como de este modo quedarán perfectamente indicados los medios que pudieran mejorar aquellas.

En el valle por donde corre el cortesano rio Manzanares, á una de sus márgenes; á dos y cuarto leguas de Madrid, hácia el O., desde donde se viene constante y sensiblemente descendiendo; y, por último, enclavado en el centro de un estenso y suavemente accidentado monte, cercado con una gruesa tapia de diez y ocho leguas de estension, está situado el Real Sitio del Pardo. Rodéanle varias colinas cubiertas de roble y encina, á escepcion del E. y O., únicos puntos accesibles puede decirse á los vientos. Su horizonte, por esta razon, es poco estenso. Sin embargo, por el O., que es donde la vista más se extiende y alcanza, pronto se encuentra limitada por la alta barrera que forman las vertientes orientales de los célebres montes Carpeto-Vetónicos, principalmente por la parte comprendida entre Navacerrada y Somosierra. Los grandes promontorios de esta gran cordillera están cubiertos de nieve más de las dos terceras partes del año.

La poblacion que constituye el Sitio del Pardo, de 203 vecinos y 707 almas, levántase en la pequeña superficie llana que hay en el fondo del valle, cuenca del Manzanares; siendo todo su conjunto de una figura irregular, aproximándose á la de un paralelógramo: su perímetro es escesivamente desproporcionado á su poblacion.

Los edificios y las casas del Sitio son, en lo general, de buena construccion y forma; constituyendo grandes y regu-